

097/060/013

juan antonio carrillo salcedo

la integración
europea
y la paz mundial

ANALES DE MORAL SOCIAL Y ECONÓMICA

centro de estudios sociales
de la santa cruz del valle de los caídos

LA INTEGRACION EUROPEA Y LA PAZ MUNDIAL

Por JUAN ANTONIO CARRILLO SALCEDO

Muchas veces se ha dicho que la expansión horizontal de la sociedad internacional ha traído consigo una situación de heterogeneidad cultural y, por consiguiente, una quiebra de los valores relativamente homogéneos sobre los que se había apoyado el Orden internacional tradicional, primordialmente los de la civilización europea-occidental. Esto es cierto y parece innegable que una de las primeras consecuencias del proceso de universalización que ha tenido lugar en la sociedad internacional, con relación al mundo anterior a 1914, es una mayor disparidad y heterogeneidad (1).

Sin duda resulta tentador atribuir a los factores culturales no occidentales las pautas de comportamiento de los nuevos Estados, en su mayor parte surgidos del proceso de descolonización política. Pero pienso que esta apreciación no encierra toda la realidad y, aparte de que las generalizaciones sobre «Asia» o «Africa» son engañosas y vagas, *acaso lo realmente decisivo se encuentre en factores políticos y en conflictos de intereses más que en razones culturales.*

Las diferencias culturales existen y tienen indiscutible importancia, pero detrás de ellas se encuentra el hecho de que Europa, el mundo occidental ha dejado de ser el eje del cosmos político in-

(1) TRUYOL SERRA, «Genèse et structure de la société internationale», en *Recueil des Cours de l'Académie de Droit International*, 1959, I, vol. 96, especialmente págs. 590-593.

ternacional, aparte de que en el plano de la cultura asistimos a un fenómeno de ampliación y renovación del horizonte histórico y de la posición respectiva de las diferentes culturas: no se trata de que Europa haya quedado desplazada a una posición periférica sino, más bien, como ha puesto de relieve König, que Europa se encuentra en un campo ecuménico en el que ya no hay periferias, en todo caso periferias condicionadas por el punto de vista limitado del observador.

Al unificar realmente al mundo, por primera vez en la historia, Occidente ha llevado a cabo algo que sobrepasa su propia historia y que, como ha observado Toynbee, afecta a toda la humanidad: nuestra situación es universal y vivimos en *un monde fini* e interdependiente, en el que es posible verificar la existencia de unos valores comunes que sirven de fundamento a la comunidad mundial y en torno a los cuales es factible vertebrar unas condiciones de paz. Esta es la perspectiva desde la que será abordado el tema objeto de la presente ponencia, «Europa y la paz mundial».

I

¿Cuáles son estos valores o pautas de comportamiento comunes en la sociedad internacional a escala mundial? Talcott Parsons ha señalado que el punto de partida se encuentra en el fenómeno de sociedad industrial: siendo una realidad que aparece primero en el mundo occidental, parece innegable que el industrialismo ha llegado a convertirse en norma o modelo para el resto del mundo y que sus implicaciones han sido aceptadas universalmente. De ahí derivan una serie de valores que tienen hoy vigencia general y que, fundamentalmente son los siguientes: valoración del desarrollo económico y de mejora del nivel de vida; autonomía, emancipación respecto de las situaciones de dependencia; igualdad, recusación general de la situación de superioridad de determinadas «élites» tradicionales, tanto en el plano interno como en el internacional; finalmente, valoración de la instrucción (2).

(2) TALCOTT PARSONS, «La poralización y el problema del orden internacional», en *Revista de Política Internacional*, n.º 61, mayo-junio 1962, especial-

En la actual situación del sistema social internacional insiste Parsons, la principal base de polarización reside en las partes de la comunidad mundial que han alcanzado determinados niveles en la consecución de las situaciones valoradas aunque todavía no hayan alcanzado otros; en este sentido, el problema de los que no tienen consiste en emparejarse con los que tienen. Creo que el problema es grave y ello por dos razones fundamentales: en primer lugar, porque en la sociedad internacional a escala universal los Estados de civilización occidental ocupan una posición minoritaria, lo que equivale a decir que las naciones con alto nivel de desarrollo tecnológico, industrial, económico, social y cultural se encuentran en minoría y que la mayoría está formada por países pobres, subdesarrollados, en su mayor parte pertenecientes a áreas de civilización no occidental. En segundo lugar, porque, frente a las predicciones de Marx, la atracción del izquierdismo se ha hecho efectiva principalmente en los casos en que la inferioridad situacional estructurada —sobre la que, observa Parsons, podía centrarse el resentimiento contra la discriminación, la explotación, el imperialismo, etc., para originar una reacción poderosa— podía implicar no clases en sentido marxista sino sociedades en sentido político territorial.

En última instancia, éste es el hondo significado de las observaciones de U Thant ante la Asamblea del Consejo de Europa, en mayo de 1966, cuando decía que «pese a los programas internacionales de desarrollo económico y a los acuerdos bilaterales de asistencia, es preciso afirmar que los países ricos e industrializados se enriquecen continuamente mientras que los países poco desarrollados se encuentran estancados en el mejor de los casos. Si de otra parte se considera el probable crecimiento de población en los próximos treinta o cuarenta años, tal tendencia ofrece perspectivas alarmantes... Si no hacemos frente a este problema insistía U Thant, es casi seguro que nos exponemos a una catástrofe que aniquilará a todos los países, incluso a los más

mente págs. 15-16. (El trabajo original es la colaboración de Parsons en la obra editada por QUINCY WRIGHT, WILLIAM M. EVAN y MORTON DEUTSCH, *Preventing World War III*, New York, 1962.)

prósperos y estables. No podemos permitirnos que la historia diga de nosotros más tarde que con todos nuestros conocimientos y nuestras técnicas nos hemos dejado aniquilar por esta catástrofe previsible y prevista desde hace mucho tiempo».

En efecto, desde hace mucho tiempo se haya prevista esta posibilidad y esta amenaza que se cierne sobre nuestro conformismo. Myrdal, por ejemplo, ha descrito con claridad el mecanismo de la desigualdad económica internacional: I) existe un grupo pequeño de países que gozan de un alto grado de riqueza y desarrollo y un grupo mucho mayor de países extremadamente pobres; II) en general, los países del primer grupo siguen sin desviaciones la ruta del desarrollo económico ininterrumpido, mientras que en los del último el progreso medio es más lento puesto que muchos de estos países están en peligro constante de no poder salir del estancamiento y aún parecen perder terreno en lo que respecta a niveles medios de ingreso; III) por consiguiente, en términos generales, en las últimas décadas las desigualdades entre los países desarrollados y los subdesarrollados han ido en aumento (3).

Aparece así, frente a lo que el profano pudiera creer, una tendencia permanente al desequilibrio, lo que Gunnar Myrdal ha llamado un proceso de causación circular cumulativa según el cual los países ricos son cada vez más ricos y los países pobres cada vez más pobres. El círculo virtuoso de la riqueza se opone al círculo vicioso de la pobreza, y si a este hecho añadimos las previsiones respecto del probable crecimiento demográfico en los próximos años, las perspectivas de paz no pueden ser más sombrías.

Por otra parte, las naciones subdesarrolladas han llegado a una definición general de su situación internacional caracterizada por su bajo *status*, como consecuencia del proceso que Gustavo Lagos ha denominado de *atimia* o continua pérdida o deterioro de *status* (4). Naturalmente, es en esta coyuntura donde hay que situar

(3) GUNNAR MYRDAL, *Teoría económica y regiones subdesarrolladas*, F.C.E., 1962, especialmente págs. 13 y ss. (2.ª edición castellana).

(4) GUSTAVO LAGOS, *International Stratification and Underdeveloped Countries*, The University of North Carolina Press, 1963, especialmente págs. 3 y siguientes. («International inequality and the status of the nation. International stratification and atimia.»)

el nacionalismo de los países subdesarrollados: en ellos, el comportamiento nacionalista resulta casi obligado tanto por razones políticas (hacer el Estado) como económicas («take-off», precondiciones de despegue en las etapas de desarrollo económico; factor principal en el proceso de transformación de las sociedades no industriales de nuestro tiempo). No es posible olvidar en este orden de cosas que, en definitiva, como ha indicado Karl W. Deutsch, el nacionalismo es un problema estrechamente vinculado a la extrema desigualdad económica y, por ello, hasta que la desigualdad e inseguridad sean menos extremas, hasta que la vasta pobreza de Asia y Africa, y de Hispanoamérica, no haya sido reducida por la industrialización, hasta entonces la edad del nacionalismo y de la diversidad nacional no habrá visto el comienzo de su fin (5).

Cierto que es preciso evitar las generalizaciones y que determinadas distinciones resultan necesarias: así, el nacionalismo brasileño no recurre a los mismos temas económicos y sociales que el nacionalismo africano o vietnamita; por otra parte, y respecto de numerosos países descolonizados y subdesarrollados resulta obligado comparar el nacionalismo anterior a la independencia política y la forma que reviste a continuación; finalmente, parece innegable la necesidad de distinguir varias etapas en el nacionalismo de los países del Tercer Mundo. Pero en cualquier caso, no es menos cierto que el comportamiento nacionalista obedece aquí a razones primordialmente económicas y sociales: en este sentido, Jean-Yves Calvez ha llamado la atención sobre tres etapas en el nacionalismo de los países del Tercer Mundo (cuyo denominador común responde a una determinada situación social y económica), tres formas de su relación con las situaciones sociales y económicas: la primera no se apoya sobre una conciencia económica clara y obedece más bien a razones sociales o socio-culturales (reacción frente a la discriminación racial y social, frente a la opresión cultural); la segunda deriva por el contrario de un análisis eco-

(5) Véase en general, sobre el presente del nacionalismo y la descolonización, la obra de FRANCISCO MURILLO FERROL, *Estudios de Sociología Política*, Madrid, Tecnos, 1963, especialmente págs. 335-340.

nómico global; por último, la tercera corresponde a la toma de conciencia de un problema social interno, íntimamente vinculado a la dependencia exterior (6).

Ahora bien: si el comportamiento nacionalista de los subdesarrollados es grave, lo es mucho más el hecho de que *también los Estados desarrollados se comportan desintegradoramente en el plano internacional*. Myrdal, por ejemplo, ha observado con razón que nunca podremos llegar a dominar los problemas internacionales si no nos enfrentamos francamente al hecho de que el Estado benefactor democrático de los países ricos del mundo occidental, es proteccionista y nacionalista: «los pueblos de esos países, escribe, han realizado el bienestar económico en el interior —progreso económico y aumento importante de la libertad y de la igualdad de oportunidades para todos dentro de sus fronteras— a costa de permitirse políticas económicas nacionalistas. En la causación circular de procesos sociales cumulativos, sirven constantemente de apoyo a la tendencia hacia la desintegración internacional. Al evolucionar el proceso de interacción, toda la estructura institucional del Estado queda incluida en un molde de nacionalismo económico» (7).

Un ejemplo que puede mostrarnos claramente el alcance de esta ausencia de cooperación internacional, y el abismo siempre creciente entre países desarrollados y países en desarrollo, es el análisis de lo que hay de ficción y de realidad en el Decenio de las Naciones Unidas para el Desarrollo. Recientemente, en un informe provisional preparado por el Secretario General y dirigido al Consejo Económico y Social de la Organización de las Naciones Unidas, se reconoce expresamente que el progreso de los países en desarrollo durante el decenio ha resultado, hasta la fecha, desalentador. Pese a que la experiencia ha demostrado que puede

(6) JEAN-YVES CALVEZ, «Racine sociales et économiques des nationalismes du Tiers Monde», en *Revue Française de Science Politique*, vol. XV, 1965, págs. 446 y ss.

(7) GUNNAR MYRDAL, *Teoría económica y regiones subdesarrolladas*, loc. cit., págs. 80 y ss.; igualmente, *El Estado del futuro*, F.C.E., Méjico, 1961, páginas 168-169.

conseguirse un ritmo adecuado y sostenido de desarrollo, la mayoría de los países en desarrollo han sido menos afortunados y sigue siendo un hecho que la producción de los países en desarrollo en su conjunto aumentó más lentamente en la primera mitad de la década de 1960 que en la de 1950. Además, se insiste en el citado informe, el progreso más lento en el desarrollo ha estado acompañado por el surgimiento o la agravación de desequilibrios de importancia que comprometen el futuro crecimiento; así, en lugar de convertirse en cosas del pasado, los azotes legendarios del hambre y de las epidemias han vuelto a rondar la mente de los hombres y en algunas regiones del mundo éstas son amenazas que han empezado a alcanzar proporciones críticas.

Las conclusiones que estos hechos suscitan han de ser necesariamente pesimistas, y de ahí que el informe del Secretario General de las Naciones Unidas reconozca abiertamente que «se abrigaba la esperanza que la definición de metas y objetivos pondría de relieve la magnitud de la tarea a que hacía frente la comunidad mundial y que esto serviría de estímulo a una acción internacional más efectiva. Sin embargo, los esfuerzos requeridos por la tarea no se han presentado hasta el momento. Es perfectamente evidente que si el Decenio para el Desarrollo ha de servir al propósito para el que fue creado debe ser apoyado por una acción nacional e internacional mucho más vigorosa y extensa que la que se ha emprendido hasta el momento» (8).

Sin embargo, es claro que esa acción internacional más vigorosa y extensa resulta difícil en una situación de comportamientos nacionalistas, que mantiene un orden de cosas que sólo hace ahondar progresivamente el abismo entre desarrollados y subdesarrollados en virtud de la tendencia persistente al desequilibrio exterior en el curso del desarrollo: un hecho hoy indiscutible es que mientras las exportaciones de productos primarios en general, salvo escasas excepciones, aumenta con lentitud, la demanda de impor-

(8) Doc. E/4196, 5 de mayo de 1966 (informe provisional presentado por El Secretario General en nombre del Comité de Administración de Coordinación. ECOSOC, 41.º período de sesiones, tema 5 del Programa).

taciones de productos manufacturados tiende a crecer con celeridad, con tanta mayor celeridad cuanto mayor sea el ritmo de desarrollo. De ahí resulta un desequilibrio que constituye un gran factor de estrangulamiento exterior del desarrollo, que es indispensable corregir para que el desarrollo pueda acelerarse en condiciones de equilibrio dinámico.

Es en este contexto donde es preciso enjuiciar el Decenio de las Naciones Unidas para el Desarrollo y sus resultados, hasta ahora, desalentadores. Como pusiera de relieve Raúl Prebisch en su informe a la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo, Ginebra, 1964, el Decenio ha establecido como objetivo principal alcanzar una tasa mínima de crecimiento del 5 por 100 por año en el ingreso del mundo en desarrollo hacia 1970, tasa más bien modesta y que no se aleja mucho de la tasa media de 4,40 por 100 registrada en el decenio anterior al presente. «A pesar de ello, decía Prebisch, será muy difícil, si no imposible, para un gran número de países en desarrollo alcanzar y mantener aún esa tasa de crecimiento si de esta Conferencia no surge una política de cooperación internacional enderezada principalmente a la eliminación del desequilibrio comercial» (9).

Y aunque no es justa una valoración radicalmente pesimista de los resultados de la Conferencia de Ginebra, es indudable que tampoco da pie para mucho optimismo la recomendación adoptada por la Conferencia según la cual «cada país económicamente desarrollado debe esforzarse por proporcionar recursos financieros a los países en desarrollo en una cantidad mínima neta que se aproxime lo más posible al 1 por 100 de su renta nacional». Si la recomendación ya es en sí tímida y modesta, aún es más grave el hecho de que ni siquiera un objetivo tan limitado en su alcance ha podido ser llevado a la práctica.

Si lo que caracteriza a los países subdesarrollados es la debilidad de su sector secundario y la enorme predominancia de los

(9) RAÚL PREBISCH, *Nueva política comercial para el desarrollo*, F.C.E., 1964, págs. 13-14 (la obra contiene el informe presentado por Raúl Prebisch a la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo: E/CONF. 46/3, febrero de 1964).

sectores primario y terciario, el gran problema comercial del Tercer Mundo es el de la colocación de sus materias primas; ahora bien, mientras que las proporcionadas por los países desarrollados han sufrido variaciones muy débiles, en cambio las experimentadas en los precios de las materias primas suministradas por los países subdesarrollados han sido muy grandes. Es obvio que las consecuencias de este hecho han sido fatales: inestabilidad e imposibilidad de planificación, en especial en los países que se encuentran en situación de monoproducción.

¿Cómo será posible estabilizar internacionalmente el precio de las materias primas?: cierto que los mecanismos más eficaces hasta el momento han sido los establecidos en el marco de la asociación de ciertos países del Tercer Mundo con determinados países industrializados (por ejemplo, con la Comunidad Económica Europea), pero no cabe duda que ésta es una solución provisional e insuficiente que sólo hace poner de relieve la urgente necesidad de una solución de alcance universal. En gran parte éste es el sentido de la Conferencia de Ginebra sobre Comercio y Desarrollo, y hay que reconocer que hasta la fecha los resultados son desalentadores: sobre veinte materias primas importantes, sólo unas cuantas han sido objeto de acuerdo internacional, por lo demás frágil y fragmentario y, por ello, insuficiente y precario.

Más aún, la distribución de materias primas no es el único problema: puesto que la aparente solución de industrias autárquicas en los países subdesarrollados es inviable, otro problema al que hay que prestar atención es el del comercio de productos manufacturados del Tercer Mundo. En parte, la cuestión podría resolverse mediante la creación de mercados comunes regionales, a escala continental o regional. Pero aparte de que se trata de una solución teórica que choca con dificultades casi insoslayables, resulta evidente que, a escala mundial, el verdadero problema estriba en una mejor distribución internacional del trabajo y en la elaboración de un nuevo Orden internacional, menos individualista y más solidario e interdependiente.

II

Creo que es en torno a este problema fundamental como es preciso plantear el posible papel de Europa —en el sentido de mundo desarrollado, aunque con indudables bolsas de subdesarrollo regional— en la construcción de condiciones de paz, la posible aportación europea a la elaboración de un Orden de paz. Y como la principal amenaza para la paz se encuentra en la tensión Norte-Sur, y no en el conflicto ideológico Este-Oeste, pienso que, pese a la existencia de un haz de problemas concretos (discriminación racial, descolonización, carrera de armamentos, progresivo e institucionalizado desprecio de los derechos de las personas humanas, etc.), que reclaman de Europa una toma de conciencia y una actitud, nuestro principal reto hace referencia a una cuestión fundamental, la de la *cooperación internacional*. Y ello en un momento histórico en que la cooperación internacional es insuficiente, lenta, superficial, mal coordinada y dispersa, politizada por la rivalidad Este-Oeste, y frecuentemente inadaptable (10).

En líneas generales, y respecto del reto al que nos enfrentamos, Europa parece comportarse a la defensiva, en una actitud que pudiera tener su raíz en la conciencia de su posición minoritaria en la actual sociedad internacional a escala mundial: así, en el cosmos político de la Asamblea General de las Naciones Unidas este comportamiento es evidente y bastará enunciar algunos ejemplos para comprobarlo. Respecto de la nueva mayoría de Estados en su mayor parte subdesarrollados y descolonizados, que abiertamente impugna las pautas adscritivas de la sociedad internacional clásica, para el grupo occidental lo que muchas veces cuenta no es otra cosa que la actitud de los nuevos Estados a la hora de votar sobre determinadas cuestiones claves, y de ahí su calificación de «responsable» o «irresponsable» a un nuevo Estado según como

(10) MICHEL VAN GREVENYNGHE, «Les formes actuelles de la coopération internationale», en la documentación francesa, *Notes et Etudes Documentaires*, abril de 1966, n.º 3.284.

haya votado en determinadas materias; con ello, los Estados del Grupo occidental expresan no sólo una cierta conciencia de monopolio de lo razonable sino también un gran recelo frente a la nueva mayoría que les inquieta y que, además, han dejado de controlar plenamente y respecto de todas las cuestiones. Esta es una actitud torpe y miope, en cuanto que de la calificación de «responsable» o «irresponsable» se deriva la concesión o no de determinados favores, en una maniquea división entre «buenos» y «malos», y este es un comportamiento criticable por su irresponsabilidad, su falta de horizonte, su pragmatismo a ras de tierra, su empirismo a corto plazo.

Al amparo de un problema real, que el grupo occidental ha contribuido a poner de relieve (me refiero al desequilibrio existente entre el poder numérico de la mayoría y el poder real de la minoría), la minoría de Estados desarrollados parece refugiarse en una actitud sumamente grave para la estabilidad política del sistema social internacional y del sistema político de Naciones Unidas: resignarse a que la mayoría adopte resoluciones que nunca podrán ser efectivas, puesto que su aplicación y puesta en práctica depende precisamente del consentimiento y de la cooperación de la minoría, única que tiene poder real y medios con que afrontar los problemas. Por otra parte, y dada la posición de «leader» de los Estados Unidos de América, esta es una actitud más frecuente en los «segundones» del grupo occidental, lo que pudiera estimarse como testimonio de una cierta inhibición por parte de Europa a asumir sus responsabilidades y sus posibilidades. Y no se piense que se trata del enfrentamiento de la minoría a una mayoría de inspiración soviética, ya que los hechos prueban que la U.R.S.S. y las Democracias Populares también se encuentran entre los veinticinco Estados que con mayor frecuencia han discrepado de la mayoría en la Asamblea General de las Naciones Unidas (11).

Inhibición ante las responsabilidades, pero también escasa conciencia de las posibilidades políticas de Europa en el juego polí-

(11) CATHERINE SENF MANNO, «Majority Decisions and Minority Responses in the U. N. General Assembly», en *The Journal of Conflict Resolution*, volumen X, marzo de 1966, págs. 1 y ss.

tico de la Asamblea General. En primer lugar, y en la medida en que Naciones Unidas significa primordialmente la incorporación de la comunidad mundial a un sentido procesal (*consensus* a nivel procesal), es necesario interiorizar dos posibles roles de la Organización: de una parte, su *función de acomodación* en cuanto plataforma de negociación a escala multilateral; de otra, su *función alternante en los roles de mayoría y minoría*: éste es, por ejemplo, el sentido de una aguda observación de Talcott Parsons, que merece meditar: «si esperamos que el bloque comunista someta sus intereses vitales a normas procesales (y otro tanto cabe decir del Tercer Mundo), debemos aceptar, como corolario, que algunos procedimientos supondrán, en muchos casos, una derrota de nuestros intereses en campos determinados. No se puede conseguir todo, es decir, institucionalizar los procedimientos, dejando que el resultado sea incierto, y al mismo tiempo, garantizar de antemano la consecución de la victoria» (12).

En segundo lugar, Europa parece no haber tomado clara conciencia de las consecuencias políticas de una estructuración pluralista de intereses, esto es, de la diferenciación del sistema de intereses o, si se prefiere, del hecho de que los bloques no son monolíticos. De ahí la enorme importancia de un grupo neutral sólido, por lo que encierra de flexibilidad, de presiones contrarias y de solidaridades entrecruzadas. Todo esto es fundamental para la estabilidad del sistema, porque lo importante es que existan fuertes intereses reconocidos, así como obligaciones normativas, que se opongán a que los problemas sean llevados a un punto en el que la única «solución» (?) sea el desencadenamiento de una guerra termonuclear. Pues bien, Europa parece no haber comprendido plenamente ni las funciones de los neutrales ni sus propias posibilidades como grupo neutral con intereses diferenciados en una estructuración pluralista de aquéllos.

Estas son acaso las razones que explican el tímido planteamiento que Europa hace, en líneas generales, del problema de la coope-

(12) TALCOTT PARSONS, *loc. cit.*, en *Revista de Política Internacional*, n.º 61, mayo-junio 1962, págs. 29-30.

ración internacional: también aquí y frente a la mayoría de Estados subdesarrollados y descolonizados, su actitud es predominantemente conservadora y estática, y este es un comportamiento sumamente grave en una época que, como la nuestra, es más de complementos que de antagonismos; en otros términos, en un momento histórico en que nuestros problemas sólo pueden encontrar un cauce de solución en la cooperación internacional institucionalizada.

En el orden social y económico un fenómeno nuevo parece dominar la segunda mitad del siglo XX: el de la expansión económica, con los rasgos de expansión consciente, continua y socializada. La «paz de clase» que con mayor o menor alcance todos los países industrializados han logrado o están en vías de conseguir, y el proceso de descolonización, que puede poner fin al mercado colonial clásico con sus notas de monopolio y carácter preferencial, para dejar paso a un mercado exterior ordinario, parecen situar la cooperación económica en un plano más fácil, en una coyuntura de promoción opuesta a la mentalidad de Colbert, para quien el enriquecimiento de un país se hacía siempre sobre la base del empobrecimiento del otro.

Y sin embargo, no es tarea fácil la de la cooperación internacional, uno de cuyos mayores obstáculos consiste precisamente en la dificultad inherente a las relaciones entre países desarrollados y países en vías de desarrollo. En este sentido, Edgar Faure ha puesto de manifiesto que el problema estriba en transferir al proletariado exterior las soluciones ya establecidas respecto del proletariado interior, ya que, al menos hasta cierto punto, la distribución global de los grupos nacionales reproduce la división interna de las clases sociales y, como antes he señalado, la atracción del izquierdismo se ha hecho efectiva principalmente en los casos en que la inferioridad situacional estructurada podía implicar no clases, en sentido marxista, sino sociedades en sentido político-territorial (13).

(13) EDGAR FAURE, *Les trois âges de la coopération*. Conferencia en las Naciones Unidas, en el programa del año de la Cooperación Internacional. U. N. Press. Release ICY/15, 1 de febrero de 1965. El texto también se encuen-

Aquí se encuentra, no obstante, el mayor obstáculo a la cooperación internacional: ésta reclama no sólo un elemento práctico, positivo, esto es una empresa, una acción en común, *sino además, y sobre todo, un elemento moral, una idea de comunidad, una socialización en la necesidad de cooperar y en el deber de asistencia como valores o pautas de comportamiento.* En lenguaje de Talcott Parsons diríamos que la cooperación internacional exige una pauta de «*collectivity-orientation*», superando la de «*self-orientation*».

Sólo así resultará posible hablar de un deber de asistencia, y de una ayuda que vendría caracterizada por las siguientes notas: no quedar sujeta a condiciones políticas; no vinculada a la opción en favor de un determinado régimen económico; cauce de una más justa explotación de los recursos naturales y eje de una mejor regulación del mercado de materias primas; una ayuda que evite en lo posible la forma de donaciones y promueva, por el contrario las fórmulas mixtas de gestión económica; una asistencia por último, cuyos destinatarios reales sean los hombres de los países subdesarrollados y no unas minorías que sólo pretenden perpetuar la situación colonial de discriminación, explotación y subdesarrollo humano, político y social, aun después de la independencia política.

Todo ello exige, como es evidente, superar la asistencia basada en la filantropía, el temor o el interés a corto plazo, para dejar paso a una asistencia que tenga su fundamento en el elemento moral de la cooperación que, como observara Faure con toda razón, es el de mayor importancia respecto de quienes hasta hace muy poco, y en muchos casos todavía, se sienten humillados y ofendidos.

Insisto, sin embargo, que es aquí donde se encuentra el más fuerte obstáculo a la cooperación internacional: *en la ausencia del elemento moral de la cooperación, sin el que ésta no es más que un expediente.* Formidable dificultad que no se manifiesta exclusivamente en el comportamiento político de los Estados, cualquiera que sea su ideología y su grado de desarrollo económico-social: lo grave es que en la cultura cívica del hombre de esta segunda

mitad del siglo XX, y en especial del ciudadano de los países desarrollados apenas si existe conciencia de este deber y de esta necesidad de la cooperación internacional, como tarea común que tiene su justificación última en nuestro destino solidario e interdependiente. Una concepción aristocrática del desarrollo espiritual, político, social y económico (*«happy few»*) es de todo punto insostenible e inviable: el hombre de nuestro tiempo precisa tomar conciencia del reto con que nuestra civilización se enfrenta, y éste no es otro que la construcción de una civilización universal no sólo por sus dimensiones geográficas sino también, y sobre todo, por sus dimensiones sociales, esto es por lo que los hombres que en ella tengan participación y que en ella actúen como protagonistas.

Queda así todavía, abierta como posibilidad, una extraordinaria aportación de Europa al orden creador de condiciones espirituales, sociales y materiales de paz: la dignidad de la persona humana —una de las más genuinas manifestaciones del espíritu europeo— de ese ser olvidado y gregarizado, muchas veces víctima de la violencia y de la explotación, en esa civilización universal que es preciso construir.